

bios, se apercibían á abrazarse á su cruz y á tomar el camino sembrado de espinas que conducía al martirio.

Como se vé, la fé en Jesucristo habia transformado al hombre. De la decadencia moral y material del mundo antiguo, el Cristianismo habia sacado mártires. Una doctrina, que comienza inspirando este amor á la verdad y este desamor á la vida, ha de ser necesariamente una doctrina de salud para el espíritu, de salvacion para el hombre. Sin embargo, el espíritu humano ama todo cuanto le ha pertenecido, todo cuanto ha adorado. Así como el hombre no puede mirar con indiferencia su cuna y su patria, el espíritu no puede abandonar de una vez sus antiguas primeras ideas, que han sido como la patria de su espíritu. Y por eso los primeros cristianos, á pesar de la enseñanza continua y viva de los Apóstoles, no acertaban á salir de la sinagoga para entrar en la Iglesia. Miraban á Jesucristo por un lado, bajo un aspecto, verdadero sí, pero incompleto: veían en el Salvador el hijo de David, el leon de Judá, el prometido por Jacob, el Salvador de Israel; pero no se acordaban de aquella otra fase más bella y verdadera, no se acordaban que Jesucristo era también el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, el prometido á todas las naciones, el Salvador de la humanidad. Este olvido exagerado por algunos, dió origen en el nacimiento del Cristianismo á

una secta, que en mi sentir es la trasformacion de los esenios, secta que amaba á Dios por su miseria, por sus desgracias, por sus padecimientos, por su muerte; pero que le creía un hombre divinizado, como el ateísmo pagano imaginaba á sus dioses, y no un Dios humanizado como enseñaba el Evangelio. Pero esta tendencia primera de los espíritus, pronto se ahogó y quedó como perdida en los mares de vida que la nueva doctrina daba de sí, en el entusiasmo y la fé de sus elegidos, en la inspiracion divina de sus Apóstoles.

Los judíos convertidos al Cristianismo celebraban todos los ritos y todas las ceremonias de la antigua ley, se circuncidaban como hijos que eran de los hebreos, hacían sus oraciones á las horas prescritas por el Antiguo Testamento, iban á la sinagoga y á las asambleas de los judíos, observaban los ayunos mandados por los ritos, ofrecían sacrificios en el ara antigua, celebraban las grandes fiestas nacionales, y doblaban la cerviz ante los sacerdotes del antiguo culto, y abominaban de los paganos. Es verdad que San Pedro, jefe de la Iglesia visible, va á recibir en la nueva Iglesia al Centurion pagano; pero lo hace por un aviso celeste, por un mensaje divino, y cuando le estrecha contra su corazón, los discípulos se ofenden y se maravillan de que tienda los brazos á un incircunciso. Esto prueba que si la revelacion es una verdad eterna y absoluta, la

inteligencia humana para abrazarla y seguirla, necesita someterse y sujetarse á las condiciones propias de su naturaleza. Por eso, los primeros cristianos de ninguna suerte se atrevían á romper con la sinagoga, á separarse del antiguo templo.

Una de las primeras manifestaciones del Cristianismo primitivo es la de Santiago; aquel Apóstol justo entre los justos, elegido entre los elegidos, á quien el pueblo desde su niñez llamaba santo, que no había bebido en toda su vida vino ni comido carne, que no se había cortado nunca el cabello, ni se había valido de los aceites y perfumes orientales, que vestía de lino, y jamás se había cubierto de lana ni de púrpura, siempre en penitencia, siempre de rodillas, siempre orando por el pueblo, y que en una carta dirigida á los fieles, carta escrita con aquel entusiasmo de la primitiva Iglesia, les persuade á abandonar las riquezas del mundo, y á buscar la verdadera riqueza y la verdadera vida en el seno amoroso de Dios y en el conocimiento de su doctrina; carta santísima, que muestra cómo los primeros cristianos, que así rompían los lazos del mundo, debían propagar su doctrina y vencer á todos sus enemigos faltos de esa virtud celeste que se llama fé.

Peró como se vé, había una tendencia particular en el seno de los primeros cristianos, la ten-

dencia á conservar unida la Iglesia y la sinagoga. El jefe, el símbolo de esta idea, será siempre San Pedro. Dios en sus altos designios, le había elegido para jefe de la Iglesia. Desde el principio de los tiempos se vé claramente en su vida y en su persona ese apego á la tradicion, ese amor al templo de sus padres, ese deseo de no romper con la antigüedad, ese instinto de conservacion, que ha de ser el carácter particular del Pontificado en toda su dilatada historia. San Pedro quiere hacer la propaganda de su idea entre los judíos; cree que los circuncidados son más aptos á recibir la verdad que los incircuncisos; sostiene cuanto le es dable la primitiva Iglesia á la sombra del antiguo templo, y reúne así á su alrededor gran parte de los mismos, que meneando la cabeza con incredulidad decían al Salvador: «Si eres hijo de Dios, baja de la Cruz.» Ya hemos explicado que esta tendencia es natural en la primitiva Iglesia como era natural que los discípulos, aun no bien instruidos en la doctrina del divino Maestro, le preguntaran si trataba de fundar el reino de un día en un rincón del espacio.

Peró la Iglesia universal, que es la verdad, bien pronto entrará en otra tendencia más universal, en otra idea más amplia y más grande, que corone todo el edificio maravilloso en este primer siglo. Los individuos podrán tener esta ó la otra tendencia, las sectas caerán en esta ó la otra

preocupacion; los Apóstoles mismos, aunque llenos del Espíritu Santo, podrán vacilar en separarse del antiguo templo; pero la Iglesia, que es la verdad eterna, la Iglesia, que es infalible, dirá á los espíritus, reunida en medio de la tempestad y las persecuciones, cuál es el pensamiento del Salvador, cuál es el espíritu divino del Verbo. Y se comprenderá que es necesario romper los ritos de la ley antigua, porque van á venir los ritos de la nueva ley; abandonar el santuario, porque Jesús ha sido el santuario verdadero de Dios; despedirse de la montaña de Sion, porque la montaña de Sion es como un grano de polvo ante toda la tierra entregada á la predicacion de los Apóstoles; elevar el pueblo de Israel del fondo de su egoismo al amor divino de todas las razas; respetar en la Biblia el proemio, el prólogo de toda revelacion, pero ver en el Evangelio el resumen de toda la verdad; separarse de las ceremonias antiguas para recordar el gran sacrificio del Calvario; predicar no al circunciso, no al griego ni al romano, sino al hombre; recoger á todo el que pida luz sin preguntarle cuál fué su ley, cuál su doctrina; proclamar que en Jesucristo está Dios, que en el Evangelio está toda la verdad, que en la Iglesia caben todos los hombres, que la humanidad debe ser como una familia de hermanos, que el bautismo es, sin necesidad de la circuncision, toda la salud, toda la gracia.

Esta mirada superior iba á ser pronto, muy pronto el sentido de toda la Iglesia, el espíritu de toda su doctrina. Pero esta doctrina, como ninguna otra, debia incitar el odio de los fariseos y de la muchedumbre, y debia traer sobre los Apóstoles una persecucion encarnizada y cruel. Los fariseos habian visto con indiferencia la predicacion cristiana, la habian oido dentro de sus mismas asambleas y de sus shanedrines, y Gamaliel habia interpuesto su pecho sagrado entre el furor del pueblo escogido y la vida de los Apóstoles. Los fariseos creian que la predicacion del Cristianismo, removiendo los espíritus, exaltando las muchedumbres, habia de traer una sublevacion contra Roma, y una sublevacion entusiasta y heroica. No creian que el Cristianismo, al revés de todas las revoluciones políticas, debia renovar primero el espíritu del hombre, para que despues el espíritu del hombre renovara todo el universo. Y como creian que el Cristianismo era una revolucion política, en su dura servidumbre lo acariciaban como un auxiliar de su doctrina, como un elemento de discordia lanzado en el seno del Imperio. Pero cuál no habia de ser su espanto, cuando supieran que el Cristianismo se apartaba de la sinagoga, que se apartaba de la circuncision, que olvidaba los ritos mosáicos, que se dirigia á conquistar tambien para su reino á los antiguos enemigos de Israel, al griego, al romano, á los que

en aquel instante hollaban la majestad de Jerusalem. Todo el fuego de la tierra, toda la ira de que es capaz el corazón humano, todas las piedras del camino no bastarian para perseguir á aquellos profanos, enemigos de Dios, de su templo y de su ley. El furor semita es implacable como las nubes de sus tempestades y abrasador como las arenas de su desierto, y al mismo tiempo astuto como los tigres de sus bosques. Y el furor semita debía crecer, debía llegar á su colmo, cuando oyera que todos los pueblos se creyeran hijos y herederos de Dios, que todas las razas iban á aspirar á la dignidad primitiva del sacerdocio. Pero esta persecucion iba á ser como el látigo que heria las espaldas de los elegidos del Señor, obligándoles á recorrer toda la tierra para sembrar á los cuatro vientos la semilla de su doctrina.

El hombre privilegiado que debía señalar primero la necesidad de apartar de la Iglesia la sinagoga, era San Estéban. Joven elocuentísimo, educado en la ciencia griega, dueño de una palabra fácil, abundante y entusiasta, inundado de una celeste hermosura, se llevaba tras sí los espíritus y los corazones, predicando con entusiasmo la doctrina santa del progreso de la Iglesia, la doctrina que tendia á dilatar el Cristianismo sobre la frente de todas las razas; doctrina que caia como una amenaza de muerte sobre los fariseos y sobre su gente, porque les arrancaba de las manos las

varas de los patriarcas, las ofrendas del sacerdocio. Un dia que predicaba á la puerta del templo, los fariseos se movieron á indignacion, se levantaron contra aquella doctrina, hirieron el cielo con sus gritos, y el furor poseyó sus corazones abiertos siempre al odio y á la venganza. Uno de ellos recogió del suelo una piedra, señaló al joven como herético, y alejandrino, y gnóstico, y le hirió en la frente. Desde este punto, la ira no reconoció límites, y salió de madre. El joven tribuno del Cristianismo cayó herido bajo aquellas piedras y exhaló su alma. ¡Oh! Su sangre fué la primer sangre cristiana, que, despues de Jesucristo, roció la tierra; sangre fecunda, de la cual habia de brotar una nueva idea en el seno inmortal del Cristianismo. Desde este punto ya no habia esperanzado que los cristianos encontraran paz en Jerusalem y espacio en su templo. Desde este momento supremo de la historia universal, suena la hora de la dispersion de los Apóstoles. Así como en Jerusalem y en el cenáculo habian recibido el espíritu de Dios, en el destierro, en los pueblos que encontraron á su paso recibieron el espíritu de la humanidad. Abrasados por la sed anhelante de lo infinito, destilando de sus labios palabras de verdad y de amor, prontos á todo sacrificio, sin temor ni á las persecuciones ni al martirio, saliendo al encuentro de todas las razas dispersas y enemigas y predicando á todos la fé y la esperanza, dejando por los

territorios que pisaban las huellas inmortales de sus doctrinas, de sus ideas; dispuestos á transformar el mundo, á ganar la humanidad entera para su causa; aquellos hombres, sin más arma que su palabra, sin más escudo que su inocencia, sin más auxilio que su justicia; pobres pescadores rudos é incultos, pero llenos del espíritu de Dios y de amor á su santa causa, desafían el tormento, amenazan á los emperadores, se deslizan en el hogar doméstico y cautivan para la verdad el corazón de la mujer; se inclinan sobre el polvo donde llora el esclavo y le señalan el cielo como principio de su libertad y á Dios como padre de su alma; conversan con los sofistas y los ganan á la verdadera ciencia; derraman en los aires sus palabras y hacen temblar á los ídolos que se desploman de sus altares; y á pesar de las espadas que les cierran el paso, de las hogueras encendidas y atizadas en su daño, de las persecuciones sin número, de la perenne tribulación que les rodea, realizan la revolución más grande que han presenciado los siglos, sin derramar más sangre que su propia sangre, y sin pedir más sacrificios que el sacrificio de su propia vida.

Nada más tierno que los martirios de estos primeros defensores de la verdad tal como la tradición eclesiástica nos la ha legado. Santiago, aquel Apóstol que había pasado su vida orando al pie de los altares para pedir á Dios el perdón del pueblo,

que había evangelizado tantas regiones, que había vertido la paz del Señor en tantas conciencias, por sus virtudes, por su fé, es delatado á Herodes, el cual por complacer á los judíos irritados contra la dirección humanitaria que tomaba el Cristianismo, lo envía al martirio, y se gozaron en presentarle su muerte. Su delator se sintió de tal manera herido por el remordimiento de su infame acción, que fué á pedir perdón de rodillas á Santiago, el cual le dió el beso de paz y lo llevó á su lado, y murieron juntamente, invocando el auxilio de Jesucristo. El mismo San Pedro, el más tolerante de los Apóstoles en la sinagoga, el que ménos quería apartarse de sus bóvedas y de su culto, fué maniatado y puesto en hondo calabozo, para que la voz de su predicación no trascendiera á las gentes, no se escuchara en el mundo; pero la Providencia que velaba por los suyos para auxiliarles en el cumplimiento de sus grandiosos fines, rompió sus hierros, le dió libertad, y le señaló el camino de su predicación: que nunca se vé tan clara la eterna presencia de Dios en la historia como en estas grandes crisis de la vida.

La dispersión de los Apóstoles, señores, os explicaré por qué he querido que la lección anterior precediera á esta relativa al Cristianismo en el primer siglo. Así podeis conocer las comarcas que pisan los cristianos. San Juan va al Asia Menor, tierra impregnada del espíritu de la Grecia y dis-

puesta á recibir el rocío bendito de amor que en sí llevaba la palabra del discípulo predilecto; San Andrés va entre los escitas y predica á los bárbaros la doctrina desconocida, que ellos han de servir providencialmente con sus hambrientas espadas; San Felipe se dirige á la Alta Asia, y allí, en la cuna misma del dios-naturaleza, en el seno del panteísmo materialista predica y sostiene el Dios-espíritu del Evangelio; San Mateo, cuyo ascetismo religioso se parece al de Santiago, va á terrenos inexplorados entre los negros etíopes; San Judas predica á la raza semita, hermana de su raza, á los árabes, y en el seno de sus desiertos encuentra muchos corazones dispuestos á abrirse á la verdad y al amor, y todos convierten poco á poco el mundo, no sólo con su doctrina, sino también con su ejemplo.

Pero, señores, á pesar de esto, la verdad es que el Cristianismo en este tiempo tiene un carácter completamente bíblico y apegado al sentido de la religion antigua. A pesar de la dispersion de los Apóstoles, aún la Iglesia universal no habia decidido si la circuncision era un precedente necesario del bautismo, y la sinagoga como el arco triunfal para pasar á la Iglesia. La predicacion de toda esta edad se refiere á los tiempos en que ha de volver el Salvador triunfante al mundo el dia del juicio. Esta idea estaba fija en la conciencia de los primeros cristianos. Era su pala-

bra, era su idea. El libro que resúme admirablemente el estado de los ánimos en este tiempo, es el Apocalipsis de San Juan; libro maravilloso, que amenaza al mundo idólatra empedernido, y abre á los ojos del cristiano el cielo, su eterna esperanza. Detengámonos un instante ante este libro, que es como un resúmen de la fase cristiana presentada en esta leccion, y detengámonos con religioso respeto. Se necesitaba, como hemos dicho, un libro, un gran libro que resumiera las esperanzas de las generaciones en este instante supremo de la vida del Cristianismo; un libro que fuera como el resúmen de todos los dolores y de todas las ideas que agitaban el corazon y la conciencia de los primeros cristianos. Como su mismo nombre indica, el libro habla de la venida triunfante del Mesías, de su aparicion, trasfigurado sobre una nube gloriosa, inundado de luz, como no lo habia visto ninguna generacion, ninguna edad. Esta edad era para los cristianos de tribulacion y de amargura. Predicaban la paz, y solo habian encontrado la guerra contra su doctrina. Predicaban un Dios de amor, y el mundo les pagaba con odio. Predicaban el reino divino, y los dioses y los oráculos lanzaban sus anatemas sobre aquella renovacion de la vida, que iba á dejar vacíos sus templos, desiertos sus altares. Así, do quier veia el genio de la antigüedad un cristiano, se lanzaba á devorarle para devorar

tambien su doctrina. Creian, como creen todos los déspotas, todos los que viven á la sombra venenosa de una injusticia ó de un privilegio, que con ahogar á los sectarios de una idea habian ahogado la idea, habian destruido para siempre la doctrina. Y nada prueba tan real y evidentemente que hay en nosotros algo superior al cuerpo, algo que no puede oprimir el carcelero, que no puede aniquilar el verdugo, como esa inmanencia de las ideas que viven y crecen, y se agitan más por su propio impulso segun mueren sus sectarios, porque la muerte no puede llegar nunca con sus sombras al espíritu, y el espíritu es el origen de las ideas. Pero en estas grandes persecuciones, en esta aficcion de todos los dias, el pueblo cristiano necesitaba un consuelo para sostenerse contra la persecucion, un libro en que dilatara sus infinitas esperanzas. Los infelices no tenian una piedra donde reclinar su cabeza; las hondas entrañas de la tierra eran su vivienda, y sobre sus cabezas caia un continuo bautismo de sangre. Sobre todo, en el Asia Menor; allí, donde el paganismo se habia trasformado para pasar á Grecia; allí, donde la raza helénica habia recogido toda la herencia religiosa de su madre, la raza indo-europea, para formar sus deslumbradoras teogonías; allí, donde cada piedra habia pertenecido ó estaba destinada á un templo, y cada flor destinada á un altar; allí, el paganismo, que no

habia recibido de los filósofos las profundas heridas que recibiera en Grecia, se exaltaba con extrema exaltacion, y lanzaba rugidos de muerte contra la nueva secta, que, á pesar de su pobreza y de su humildad, iba á arrancarle la corona de verbena de las sienes, y de las manos el áureo sagrado tirso; y pedia sacrificios sangrientos y terribles para sus aras abandonadas ya por el pueblo. Las congregaciones cristianas allí nacientes, solo sentian el rumor del huracan que las azotaba y las perseguia; y su conciencia y su corazon se replegaban en el senó de sus grandes y sublimes esperanzas; y sobre todo, en aquella idea que estaba en todos los espíritus viva y deslumbradora, en la venida del Salvador á juzgar á los hombres, cuya época no podian designar, pero que no debia estar muy lejana para los que veian tantas angustias en el mundo, tantas sombras en la conciencia humana, tantas injusticias desencadenadas en la tierra, tantas señales de enojo en el cielo. Entonces el gran profeta evangelista de Patmos recoge las grandes aspiraciones de sus hermanos, y á la luz de las hogueras, mojado su pluma en el eterno iris, escribe el Apocalipsis, libro cuya grandeza no puede medir el humano pensamiento. El génio del mal se esconde entre sombras y afila sus garras para clavarlas en el seno de la madre Iglesia. Los elegidos del Señor pelearán contra él, y le encadenarán, y la Iglesia

se alzará radiante y victoriosa, cegando á todos sus enemigos.

Abramos este gran libro. Lo primero que aparece es el trono del Señor resplandeciente, asentado sobre el hombre, el leon, el águila y el toro, signo de los atributos esenciales de la divinidad; iluminado por siete grandes hachones que lo inundan de luz, y coronado por ángeles, que se pierden como sombras indecisas, pero bellísimas, en aquella etérea impalpable atmósfera, perfumada por la divina esencia. Delante del Señor se vé el libro del porvenir, sobre el cual no puede poner su mano ningun hombre, y solo Cristo romperá, en el día señalado por Dios, sus misteriosos sellos. Cuando Cristo coge el libro entre sus manos, los ángeles, los serafines, las gerarquias celestiales, entonan cánticos, que ruedan sobre aquellos espacios henchidos de la alegría, y la tierra retiembla sobre sus cimientos, y el universo se commueve, y la humanidad palpita bajo su sombrío sudario. Cristo abre los cuatro primeros sellos del libro, y aparecen todas las grandes calamidades que han de agitar la tierra antes de la venida del Salvador; la conquista, que encadenará las razas con el incendio y la muerte; la guerra, que llevará por todo el mundo su desolacion y su espanto; la peste, que dejará yermos los campos, solitarias las aldeas; el hambre, que agotará la vida de la doliente humanidad, anegada en

amargo océano de dolores. Cuando el quinto sello se abre, aparecen los mártires agitando sus palmas y pidiendo un castigo para los que han deramado en la tierra su sangre, pero el Señor les dice que aguarden á que se consume todo el sacrificio. Y cuando rompe el sexto sello, un gran terremoto agita la tierra, el sol se vuelve negro, la luna sangrienta, las estrellas caen sobre la tierra como los frutos maduros del árbol, el cielo se pliega como un rollo de pergamino, los montes saltan como cabritillos, las islas se sumergen como piedras en el fondo de los mares, los reyes y los esclavos se ocultan en lo más hondo de la tierra, los hombres gritan que caigan sobre ellos y les sepulten las montañas, porque ha llegado la hora tremenda de la justicia; gran silencio se extiende sobre el universo, y el ángel del Señor atraviesa los espacios y va á sellar con el sello de su eleccion la frente de los justos para que se liberten de las terribles calamidades que caen sobre la tierra. Rómpe se el sétimo sello, y aparece una nueva escena.

Entonces se levantan del fondo de aquel revuelto mar de la vida siete ángeles, que toman siete trompetas y queman delante del Señor las oraciones de los santos, como regalado incienso, y el primero de los ángeles suena su trompeta, y se congela granizo mezclado con fuego y sangre que cae y quema la mitad de la tierra; y



al sonido de la segunda trompeta, la mitad del mar se convierte en sangre; y al sonido de la tercera trompeta, cae una estrella que abrasa los rios y las fuentes; y al sonido de la cuarta trompeta se oscurece la tercera parte del sol y de las estrellas; y entonces, una inmensa águila abre sus alas y lanza lastimeros gemidos, anunciando nuevos males; y en efecto, al eco de la quinta trompeta, los profundos abismos se abren y sube como un humo que oscurece el cielo, y los ángeles exterminadores bajan con sus flamíferas espadas á herir á los hombres, que en vano piden á grandes voces la muerte, como única defensa contra aquellas plagas, como único refugio en sus grandes tribulaciones.

El mundo estaba ya preparado para recibir el último secreto que encerraba el libro de la vida. Dios abre el templo de Salomon para que sus elegidos se refugien, mientras el resto de las habitaciones de Jerusalem y de sus habitantes, por decreto supremo, se ven repentinamente entregados al fuego y al cuchillo de los paganos. Moisés y Elías predicán la penitencia, pero el Ante-Cristo los mata, y bien pronto se trasforman y resucitan, y apenas surcan los aires para volar al cielo, la tierra se abre, se traga siete mil hombres, y los judíos maravillados, se convierten al Cristianismo, y mientras esto sucede en el cielo, aparece saludada por suave música, entre místicos resplando-

res, el arca de la alianza, señal de reconciliacion del hombre con su Dios.

Pero aún no ha acabado este gran simbolismo, que encierra una teología. La nueva Iglesia tiene tres grandes enemigos, irreconciliables, feroces. Una mujer vestida con los resplandores del sol, y apoyada sobre la luna, y ceñida la sien con una diadema de doce estrellas, se resbala silenciosa y sublime sobre los mares y los desiertos, y quieren los enemigos de Dios aniquilarla, porque lleva en su seno la salud de Israel. Sus enemigos son Lucifer escondido traidoramente entre las sombras; un mónstruo de siete cabezas coronadas con siete diademas, que se revuelca en lo profundo de los mares, y que representa la imagen del Imperio romano; y otro engañador animal fantástico que representa á los falsos profetas; pero la mujer se desliza sobre los vientos como llevada por la mano del mismo Dios para dar la gracia y la libertad á los elegidos.

La lucha va á comenzar. Tes voces terribles anuncian las más pavorosas profecías; el castigo de Roma, el exterminio de los perversos, el juicio universal; y apenas estos clamores se comunican á los vientos, aparecen ángeles con las copas en la mano rebosando la ira celeste; y las arrojan sobre la tierra, el mar, los rios, el cielo, y todo el universo se emponzoña; y Roma abrasada por el hirviente licor forcejea sobre sus tormentos, y el

Eufrates se evapora y seca para abrir paso á las legiones que corren á herir y aniquilar á la reina de las naciones envuelta en humo y llamas; y mientras se desploma esa impura Babilonia, y lloran los reyes sus vasallos, los comerciantes, sus cortesanos, los elegidos entonan cánticos, que se pierden allá en los cielos, alabando la justicia del vengador de los justos. Por fin se desenlaza este terrible libro. El Señor viene montado sobre un caballo blanco, y atraviesa con su palabra, más cortante que una espada, á sus enemigos; sus ángeles encadenan á Satanás en el fondo de los pavorosos abismos; los mártires se levantan de sus sepulcros y con palmas de luz en las manos, se pierden amorosos en el seno del Padre; los poderes enemigos enmudecen; los muertos se levantan de sus sepulcros, se visten sus carnes, oyen la inalterable sentencia, y la Jerusalem celeste se levanta triunfante, compuesta de jaspe y de cristal, cercada de diamantes y esmeraldas, iluminada por la claridad eterna del cielo, fluyendo de sus fundamentos el claro y trasparente rio de la vida.

Esta obra como se vé resume todo el pensamiento de su época, todo el espíritu de los cristianos en su edad. Se conoce que el escritor evangélico, á los orillas del mar, ha visto abrirse los cielos, se ha abismado en la gloria prometida, y no ha podido en la lengua de los hombres contener todo lo que el Eterno habia revelado á sus ojos.

Así nosotros cuando vemos pasar los ángeles, esos coros de serafines, esas legiones de mártires con sus palmas de luz, esos emisarios del Eterno con sus copas rebosando ira en sus manos, esos mónstruos alados, esas nubes de aves de rapiña de mil figuras que van á lanzarse sobre los enemigos de Cristo, nos sentimos como poseidos de un vértigo religioso, en presencia de un mundo superior á nuestros sentidos, y nos abismamos en el fondo de esos misterios sin comprenderlos, aunque sabemos que son misterios del cielo, como el viajero que perdido en ignorado pais en oscura noche sólo mira la lejana luz de las estrellas. Pero este libro debia infundir una fé muy viva á los cristianos. La hidra de siete cabezas domeñada, Satán encadenado, los mónstruos desarmados, la Iglesia triunfante rodeada de sus mártires, era un cuadro hermosísimo, que debian ver los perseguidos con más vivos colores segun fuera mayor la exaltacion de su fé y la intensidad de sus dolores.

He concluido. Hemos visto el Cristianismo en su nacimiento. En nuestra próxima leccion examinaremos toda la importancia del génio extraordinario cuyo nombre será repetido por las generaciones como uno de los salvadores de la humanidad, del que Dios llamó por su inspiracion al apostolado, del que sacando el Evangelio del fondo de la sinagoga, iluminára con su luz á todos